

Directora de Comunicación y Tic para Educación. Comunicadora Social Periodista Universidad Central. Magister en TIC aplicadas a la educación.

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL REESCRIBE LA EDUCACIÓN:

entre el asombro y el temor en las aulas

Palabras clave: inteligencia artificial, educación, escritura académica, ChatGPT, escritura centauro, futuro de la escritura.

Un profesor universitario en Buenos Aires recibe un ensayo brillante. El texto está bien estructurado, la redacción es impecable y los ejemplos resultan pertinentes. Pero el docente no tarda en preguntarse: ¿es realmente obra del estudiante o de un asistente digital como ChatGPT? Esta escena se repite en escuelas y



universidades de todo el mundo, donde la inteligencia artificial (IA) ha comenzado a trastocar un espacio que parecía intocable: el arte de escribir.

En América Latina, la situación ya tiene cifras concretas. *Según un estudio realizado en Argentina, nueve de cada diez estudiantes usan ChatGPT para completar tareas académicas (Maturana, 2025).* La mayoría lo emplea para obtener ayuda con el estilo o para estructurar un ensayo, pero muchos reconocen que lo utilizan directamente como generador de texto. En este nuevo escenario, la escritura pasa de ser un acto solitario a convertirse en lo que algunos investigadores llaman “escritura centauro”: una creación híbrida en la que el humano aporta la intención

y la IA la materializa con rapidez y corrección (Maturana, 2025). La

metáfora no es menor: escribir con IA es como cabalgar en un animal poderoso, capaz de llevarnos lejos y velozmente, pero que puede desbocarse si no sabemos guiarlo.

El fenómeno genera reacciones encontradas. Para algunos estudiantes, la IA es una aliada que democratiza el acceso a la escritura académica. Un universitario que antes se bloqueaba ante la hoja en blanco ahora puede empezar con un borrador generado por la máquina. Sin embargo, para muchos docentes, el riesgo es evidente: *la escritura*

Sumario

Revista de Educación
Fundación Convivencia No 38
Mayo - Agosto 2025

no es solo un producto terminado, sino un proceso formativo en el que se aprende a pensar, organizar ideas y construir una voz propia. Fanny Ocampo (2024), investigadora mexicana, advierte que prohibir la IA en las aulas sería inútil. Al contrario, propone enseñar a usarla con ética y responsabilidad, recordando que “escribir también es narrarse y posicionarse frente al mundo” (p. 22).

Los dilemas se multiplican. *¿Qué pasa si un ensayo impecable no refleja la comprensión real de un estudiante? ¿Cómo evaluar la autenticidad en una época en la que los textos generados por IA no pueden rastrearse con detectores de plagio tradicionales?* Daniel Cassany (2024) afirma que estamos entrando en la “era del posplagio”: una etapa en la que el problema no es la copia literal, sino la producción de textos inéditos por parte de algoritmos. Esto obliga a replantear la enseñanza de la escritura: más que centrarse en la vigilancia, el desafío es formar a estudiantes capaces de dialogar críticamente con lo que la máquina propone.

En paralelo, los gobiernos empiezan a reaccionar. El Departamento de Educación de Estados Unidos (2023) publicó un informe en el que reconoce tanto los beneficios como los riesgos de la IA en la educación. Entre las oportunidades destacan la personalización del aprendizaje y el alivio de la carga docente. Entre los peligros, señalan la posibilidad de sesgos en los algoritmos, la vigilancia excesiva y la ampliación de las desigualdades. Estos riesgos no son exiguos: un sistema que recomienda lecturas o evalúa ensayos de forma automática podría reproducir discriminaciones ocultas en los datos con los que fue entrenado.

El filósofo Alexander Sidorkin (2024) va más allá y plantea que la irrupción de la IA no es una moda pasajera, sino un desafío estructural. Si la educación no actúa, dice, corremos el riesgo de crear un nuevo tipo de analfabetismo: no ya el de quienes no saben leer y escribir, sino el de quienes no saben convivir con la inteligencia artificial. *“Si dejamos que el mercado marque el ritmo, algunos estudiantes aprenderán a integrarla en su aprendizaje y otros quedarán rezagados” (pág), advierte.* Pero también reconoce su potencial democratizador: una herramienta bien usada podría convertirse en una



oportunidad para reducir brechas y ampliar el acceso a recursos de escritura antes reservados a unos pocos.

En este escenario, las metáforas ayudan a entender el cambio. Escribir con IA puede ser como caminar con un exoesqueleto:

permite recorrer mayores distancias y con menos esfuerzo, pero a costa de que el movimiento ya no sea enteramente propio. También se parece a usar un GPS: facilita encontrar el camino más rápido, pero puede hacernos perder la capacidad de orientarnos sin él. La pregunta central es qué queremos que signifique escribir en este nuevo tiempo: ¿entregar un texto perfecto o atravesar el proceso reflexivo que da sentido al acto de escribir?

Los testimonios de docentes refuerzan la idea de que no basta con prohibir ni con celebrar la tecnología. En las Escuelas Normales de México, donde se forman futuros maestros, se debate si permitir o restringir la IA en las tareas académicas. La conclusión es que más que censurar, hay que acompañar. *La mediación docente es clave: enseñar cuándo una herramienta de IA aporta valor y cuándo, en cambio, sustituye indebidamente el pensamiento crítico del estudiante* (Ocampo, 2024).

Lo cierto es que la escritura, entendida durante siglos como un acto humano por excelencia, está entrando en una etapa

inédita. Nunca antes habíamos tenido que preguntarnos si un texto provenía de la mente de una persona o de una máquina. Quizá por eso el impacto cultural de la IA es tan profundo: no solo transforma lo que escribimos, sino lo que significa escribir.

Frente a este panorama, la inteligencia artificial no desaparecerá de las aulas ni de los escritorios. Pretender erradicarla sería tan absurdo como pedir a los jóvenes que regresen a escribir con pluma y tintero. El reto, como coinciden investigadores y docentes, no es luchar contra la tecnología, sino aprender a convivir con ella sin entregar lo más valioso: la capacidad de pensar y dejar nuestra huella en las palabras.

Quizá la verdadera pregunta ya no sea si los estudiantes deben usar IA, sino qué tipo de escritores queremos formar en la era digital. Porque la escritura siempre ha sido más que juntar letras: es un espejo en el que nos reconocemos como individuos y como sociedad.

Hoy, ese espejo comienza a reflejar un rostro compartido con las máquinas. De nosotros dependerá que esa alianza no

borre nuestra voz, sino que la potencie. Tal vez, en el futuro, escribir ya no sea un acto solitario, sino un diálogo con un asistente invisible. Pero el desenlace aún está abierto: ¿seguiremos reconociéndonos en lo que escribimos cuando ya no lo hagamos del todo solos, o la inteligencia artificial terminará por escribir también nuestra historia?

Referencias

Cassany, D. (2024). *(Enseñar a) leer y escribir con inteligencias artificiales generativas: reflexiones, oportunidades y retos*. *Enunciación*, 29(2), 320–336. <https://doi.org/10.14483/22486798.22891>

Maturana, A. J. (2025). *Inteligencias artificiales generativas y prácticas de escritura académica en la educación superior: Un estado del arte desde aportes publicados en América Latina en 2022–2023*. *Revista RAES*, XVII(30), 98–113.

Ocampo Martínez, F. A. (2024). *Escritura en tiempos de la inteligencia artificial: Desafíos para el docente de Educación Normal*. *Didac*, 84(julio–diciembre), 21–29. https://doi.org/10.48102/didac.2024.84_JUL-DIC.209

Sidorkin, A. M. (2024). *Artificial intelligence: Why is it our problem? Educational Philosophy and Theory*. <https://doi.org/10.1080/00131857.2024.2348810>

U.S. Department of Education. (2023). *Artificial intelligence and the future of teaching and learning: Insights and recommendations*. Washington, DC: Office of Educational Technology.

